

Fernández Vega, José (noviembre 2004). *Nuevas guerras, viejos problemas : La hora del miedo*. En: Encrucijadas, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubasysbi.uba.ar>>

Nuevas guerras, viejos problemas

La hora del miedo

Los años transcurridos desde el final de la Guerra Fría demuestran que el liberalismo posee una cultura política más belicosa que lo que suponía su entramado teórico. La paz mundial imaginada por Kant y augurada por la caída del Muro de Berlín se ha transformado en una nueva desilusión. Los '90 sentaron precedentes para la violación de las soberanías nacionales y, pisoteando el endeble derecho internacional, la guerra multilateral avanzó hacia el imperialismo cuando comenzó a funcionar abiertamente como una fuerza única tras el 11 de septiembre. Los expertos en defensa, dedicados a contener el desmadre tras la caída del comunismo, vieron cómo se transformaba dramáticamente la situación tras los atentados. Desde entonces, "guerra" no es un concepto distinto de "paz" porque el discurso posmoderno del conflicto los mezcla, al punto de que también se difuminan las distancias que separaban con nitidez el poder bélico del control militar. Estamos sumidos ahora en una difusa guerra civil permanente, aunque ésta no sea ni actual ni constante.

JOSÉ FERNÁNDEZ VEGA

CONICET - Universidad de Buenos Aires.

Si algo demostraron los casi cinco lustros transcurridos desde el final de la Guerra Fría es que el liberalismo realmente existente posee una cultura política más belicosa de lo que el propio liberalismo estaría dispuesto a admitir. Ya quedaron atrás esas iniciales esperanzas de una paz internacional que habían inflamado los ánimos inmediatamente después de la caída del muro de Berlín. El triunfo global de la fórmula liberal de democracia más mercado no produjo un mundo mejor. Lejos de eso, vivimos en una atmósfera de violencia y desigualdad saturada de raras amenazas a todo nivel que obligan a replantear las antiguas nociones básicas de la política. Como el propio mundo al que intentan aplicarse, el significado de conceptos tales como Estado y guerra, sólo por nombrar dos principales, ingresó en una persistente zona de turbulencia desde 1989.

Según la inicial visión liberal del nuevo mundo que surgía al término de la Guerra Fría, las causas de los conflictos armados iban a desaparecer con el comunismo, puesto que su rivalidad con el capitalismo y la democracia era lo que había desencadenado la mayoría de las guerras "vicarias" de la segunda mitad del siglo XX. Como la guerra atómica no se podía librar —en cualquier caso iba a ser una victoria pírrica—, los conflictos estallaban en la periferia, de Corea a Vietnam pasando por la represión interna de dictaduras establecidas en todos los continentes con el fin de contener el temible avance "soviético". Desde la óptica liberal, el vocabulario del "comunismo", con su apelación a la movilización antiimperialista y a la lucha de clases, configuraba un lenguaje guerrero casi tan agresivo como el del fascismo, el otro gran "totalitarismo" del siglo XX, que había caído antes en la banquina de la historia. Aunque lejos del nacionalismo y el racismo de éste último, el comunismo era también expansionista. En cambio, el autorretrato del capitalismo liberal mostraba colores muy distintos: la prosperidad económica, los contratos y los consensos racionales, la paz cosmopolita y los derechos humanos. Su estirpe se hallaba en la línea de lo que Kant había imaginado, a fines del siglo XVIII, como condición necesaria para el pacifismo: constituciones republicanas y libre intercambio comercial.

La verdad de la inclinación pacifista del liberalismo, se argumentaba, había sido demostrada históricamente por el hecho comprobado de que casi no existen ejemplos de países democráticos enfrentados entre sí por medios violentos. La creciente adhesión que concitó la democracia liberal en todo el mundo tras el colapso del comunismo permitía pensar que la armonía universal estaba al alcance de la mano. Existían incluso las Naciones Unidas, donde las diferencias entre los países podían negociarse ahora en un clima más cordial, ya que las tensiones internacionales estaban cediendo rápidamente con la desintegración de las enemistades militares entre sistemas irreconciliables.

Este fue un clima propicio para relanzar la concepción de un fin de la historia. La humanidad se dirigía hacia un horizonte de libertades políticas en expansión mientras que el bienestar económico no podía sino comenzar a “derramarse” de un momento a otro hacia los sectores sociales menos favorecidos o los países más pobres. La historia de la especie había sido un rosario de tragedias y hambrunas, matanzas y guerras. Era precisamente en ese sentido que ella había llegado a su término dado que no había motivo para persistir en la barbarie: paz y crecimiento era lo que nos esperaba en un mundo poshistórico.

El Estado

Pero un factor inesperado vino a alterar estas brillantes expectativas. El desmantelamiento del “imperio soviético”, como lo denominaban sus enemigos, trajo aparejado una serie de crisis políticas internas en todas las regiones donde había gravitado. Algunas de estas crisis derivaron en enfrentamientos atroces, “limpiezas étnicas” y luchas religiosas, incluso en pleno territorio europeo. Se olvida a menudo que si esas guerras tuvieron lugar fue asimismo debido a la influencia de potencias que intentaban hacer sus juegos geopolíticos en territorios combustibles porque en ellos la autoridad estatal se encontraba debilitada y en proceso de redefinición.

Este tipo de inestabilidad se hizo aún más dramática en África. Allí, la crónica debilidad de los Estados nacionales, muchos de ellos recientemente establecidos, y la interferencia de los intereses económicos transnacionales, sumados al escaso valor de la vida humana en sociedades hundidas en la miseria y el atraso, generaron guerras civiles permanentes. Esas luchas fueron muchas veces protagonizadas por fuerzas que apenas merecen el nombre de políticas puesto que estaban orientadas por las ambiciones privadas de aventureros criminales. En África, como en otros continentes, la mayoría de las guerras en curso son civiles; cuando una parece apaciguarse, surge enseguida otra. Su característica es la violencia sin límite. Caso extremo, Ruanda asistió al peor genocidio desde el Holocausto. En pocos meses se aniquiló a más seres humanos por día que en los picos exterministas de la “solución final” nazi. La política noratlántica de humanitarismo selectivo ignoró el hecho.

Y es que la Guerra Fría, a pesar de su perversión básica —el exterminio atómico—, o gracias a ella, configuró también un sistema internacional articulado, que no tenemos derecho a echar de menos pero que contrasta con la situación actual. La volatilización de ese sistema desdibujó la autoridad política que monopolizaba la fuerza y permitió el surgimiento de “señores de la guerra” con sus ejércitos de niños y sus procedimientos de tierra arrasada. En cierto modo irónico el “fin de la historia” retrotrajo a ciertas zonas a una especie de Edad Media en la que distintos jefes locales combatían por el trono tanto como por el control de la renta del suelo (o el subsuelo). Pero había una diferencia: en los encuentros no se usaban sólo armas blancas, sino también lanzamisiles y fusiles ametralladora. La tecnología militar estaba al alcance de cualquiera que pudiera pagarla.

Y son muchos los que pueden hacerlo, aun en las zonas más empobrecidas del planeta. La difusión de sofisticados instrumentos de destrucción –su “democratización”, como lo expresan con humor negro algunos analistas– es otro rasgo específico de esta nueva etapa, y se combina con los elementos de muerte más primitivos, por no hablar de los métodos de lucha.

Otra característica saliente de nuestra época es la privatización de la violencia que alcanzó incluso a las regiones prósperas. Los ejércitos particulares son ahora comunes en todas partes bajo la forma de empresas de seguridad con tareas de custodia. Aun en las principales capitales del mundo el Estado delega funciones de vigilancia, e Irak está hoy lleno de mercenarios, no sólo de fuerzas regulares de combate. Durante la primera posguerra fría, sin embargo, un asunto más grave que la proliferación de civiles en armas donde antes hubieran sido impensables fue la diseminación del know-how científico y de los peligrosos materiales que se habían acumulado en los laboratorios y los arsenales del vencido Pacto de Varsovia. Si las armas atómicas o biológicas llegaban a manos de la criminalidad organizada o de los grupos políticos armados que todavía se encontraban activos en los países desarrollados, vale decir, si también se “democratizaban”, entonces el idílico paisaje liberal se realizaría como infierno. Estas eran las principales preocupaciones de los expertos occidentales hasta el 11 de septiembre de 2001. Pero la realidad vendría a desmentirlos otra vez.

Porque si bien en vísperas de los ataques a las Twin Towers el panorama se presentaba lleno de amenazas, ninguna de ellas fue la que transformó la situación de manera decisiva en comparación con las consecuencias que tuvo el 11-S. De esta afirmación habría que exceptuar, quizá, las múltiples complejidades que persistían en Medio Oriente, muy entramadas, de manera directa o indirecta, con las causas de los atentados de Nueva York.

Intervenciones “humanitarias”

Para enfrentar el complejo cuadro que rápidamente se conformó a lo largo de los años 1990, los reaseguros de los países centrales, los ganadores de la Guerra Fría y de la globalización posterior, parecían dispuestos. La OTAN incorporaba cada vez más países miembros y había probado su eficacia en Kosovo, caso único de una operación militar de envergadura que no produjo ninguna baja entre los vencedores. El poder militar de EE.UU., verdadero responsable de esa proeza tecnológica, se había convertido en el más sofisticado y vasto que nación alguna hubiera logrado consolidar jamás. Es cierto que sus intervenciones en lugares como Somalía habían terminado en fracasos bochornosos, pero ello sólo trajo como lección que EE.UU. debía abstenerse de intervenir directamente en conflictos de los que luego no pudiera desentenderse y lo obligaran a una presencia constante. Para ese fin se recurrió a las misiones humanitarias y a las fuerzas de paz de la ONU que actuaban en todos los continentes separando a los contendientes e imponiendo el orden interno allí donde los Estados “fallidos” no lograban implantarlos por sí mismos. El poder militar estadounidense buscó así la cobertura política de la ONU o la asistencia (operativamente superflua, pero importante en términos de legitimidad) de sus flamantes o tradicionales aliados.

El objetivo proclamado en todos los casos era la defensa de los derechos humanos conculcados por tiranías insoportables o situaciones sin salida. Se volvía por tanto imperativo “exportar” los valores básicos del liberalismo junto con la democracia y el mercado que los volvían “sustentables”. Eso justificaba moralmente la intervención militar de la “comunidad internacional”, normalmente la manera en que EE.UU. designaba su

propia voluntad de restablecer el orden de manera selectiva, esto es, actuando sobre algunas “tiranías” mientras toleraba otras no menos atroces pero de cuya fidelidad a Washington no cabían dudas. Indiferente en Ruanda, la “comunidad internacional” se halla en estos días muy preocupada por Haití, donde se envió una fuerza de paz para supervisar el orden público que Francia y EE.UU. ayudaron a descalabrar. Reclutando matones remanentes de viejas dictaduras desplazaron a un presidente electo detestado por la elite indígena, aunque todavía popular entre los pobres pese a ejecutar implacables programas de ajuste permanente.

El muy probable destino inmediato de Haití no desmentirá la reciente conclusión de Eric Hobsbawm de acuerdo con la cual “ninguno de los conflictos de los años 1990 concluyó en una situación estable”. Esa década sentó precedentes para la violación de la soberanía nacional de terceros países incluso sin que mediara aprobación legal en regla o una declaración explícita de guerra o una amenaza directa e inminente. Por encima del ya de por sí endeble derecho internacional, pero cosmopolita y humanitaria, la guerra “multilateral” avanzó otro paso hacia el imperialismo cuando comenzó a funcionar abiertamente como una fuerza única tras el 11 de septiembre. En Irak se demostró que la fuerza, más cínicamente que nunca denominada “internacional”, no sólo podía terminar ejerciendo poderes de policía tras derrocar al gobierno local, sino que su misión era la represalia y la conquista. El argumento ya no se centró en que el despotismo vigente no garantizaba los requisitos liberales que lo volvían respetable —los derechos humanos—, sino que poseía un inquietante arsenal, se había incorporado a un selecto “eje del mal” y prestaba apoyo a las actividades del terrorismo islámico. El dialecto de los derechos humanos dejó paso al idioma de la seguridad, pero la voz era la misma.

De este modo, y bajo el impacto de los monstruosos sucesos del 11 de septiembre de 2001, el poder militar comenzó a aplicarse en nombre de la defensa antiterrorista, la cual obligaba al ataque preventivo. Los efectos de esta transformación en la propia vida civil de EE.UU. fueron de gran alcance puesto que empezaron a limitarse libertades civiles en nombre de la defensa de la libertad. La prisión de Guantánamo, ilegal por donde se la vea, representa el paroxismo de dicho proceso, aunque no su único ejemplo. Un mayor despliegue militar fue secundado por una enérgica ofensiva retórica sobre la seguridad mundial. Según ella, estaríamos amenazados tanto por un terrorismo ubicuo y global como por los denominados estados “canallas o bribones” (rogue states) que podrían también cobijar un fundamentalismo homicida y disponer de armas de destrucción masiva traficadas en el proceso de desmantelamiento de la URSS. Todo el mundo está amenazado todo el tiempo, y quien se opone a esta interpretación es porque conspira con el enemigo de la democracia global.

El discurso de la seguridad

Con la caída de Bagdad en 2003, la misión de los militares estadounidenses se tornó básicamente policial. El control del territorio y la consolidación del orden público se convirtieron en sus principales tareas en una nación arruinada por años de dictadura, sucesivas guerras sangrientas y bloqueos económicos. Mantener la “paz” en el territorio ocupado se volvió el principal problema, y se reveló como una misión mucho más difícil que conquistar el país. La tecnología bélica es un elemento pavoroso y puede ganar una guerra tras otra. Sin embargo, la supremacía aérea —el combate “posheroico” que casi no arriesga soldados— se mostraba incapaz de eliminar los peligros sobre el terreno a controlar. Había que correr el riesgo de las bajas propias; de hecho, Saddam pudo ser reducido mediante bombardeos y ataques teledirigidos, pero mantener el dominio sobre Irak ya costó a los ocupantes muchas más vidas que la guerra misma.

Más allá de estas peculiares paradojas prácticas, el fantasma de la inseguridad coincide con el argumento global de la derecha que busca plebiscitarlo también a nivel doméstico en todas partes, según subrayó Toni Negri. El discurso posmoderno del conflicto y la violencia ya no opone paz y guerra, sino que los mezcla. Su voluntad imperial difumina las distancias históricamente nítidas que separaban al poder bélico del control policial porque la guerra ya no está dirigida contra un enemigo exterior, sino contra uno que se puede hacer presente en cualquier lugar o momento. La expresión con la que Negri condensa su argumento es: “el imperio no tiene afuera”.

“Guerra”, por lo tanto, ya no es una noción claramente distinta de “paz” ni en el plano político, ni en el estratégico, ni tampoco en el jurídico. Estamos sumidos en una difusa guerra civil permanente, aunque no es preciso que ella sea actual o constante. Como enseñó Hobbes, en ausencia de un orden estatal se configura un estado de guerra porque en él la vida siempre corre un riesgo al menos potencial. Los temores que suscita esta visión anárquica de la situación mundial contribuyen, desde luego, a justificar el militarismo estadounidense y el sideral presupuesto que lo financia, tan alto como la suma de los del resto del mundo. Motiva asimismo la política hemisférica de EE.UU. que presiona para involucrar a las fuerzas armadas en tareas de represión del delito. La diferenciación entre militares y policías debería desaparecer.

A pesar de toda su evidente paranoia y su contribución a la difusión del miedo universal, el discurso de la inseguridad global se asienta sobre hechos reales. Pero oculta las causas en un vago horror por la retrógrada intolerancia y la brutalidad inhumana del fanatismo confesional. Al ignorar las fuentes más profundas del conflicto crea nuevas oportunidades para lo que dice combatir. Si bien golpeada en términos operativos, Al Qaeda es hoy más popular en el mundo islámico que antes de la “guerra contra el terror” y la invasión de Irak (Cfr.: *The Economist*, 14. 8. 2004). Las soluciones militaristas sólo multiplican los problemas; por otra parte, carecen de una meta definida. En efecto, ¿cuándo se alcanzarán los objetivos de esa guerra?

La década de 1990 no sólo generó guerras de nuevo tipo, regresiones ideológicas y terrores masivos, sino que multiplicó la desigualdad social, tanto dentro de los países – incluyendo a los más prósperos—como entre las diferentes naciones. ¿No era este proceso un camino seguro hacia la inseguridad y la violencia? La economía derrumbó los controles políticos para ampliar su libertad de maniobra. Ahora exige al único Estado que reconoce intervenciones letales que garanticen su existencia y reduzcan a los resentidos de la globalización y a sus potenciales aliados, los perdedores de todo el mundo cuya irracionalidad, aparentemente, no les permite comprender los beneficios de unos universales e indiscutibles valores liberales.